

LA ACADEMIA CALASANCIA

Fundador: Rdmo. P. Eduardo Llanas, escolapio

DE TERRORISMO

No es ya ocasión de lamentarse, ni de exteriorizar protestas que, aunque se callen, se contienen en el pecho de las personas que se estiman y precian de decentes; la más elemental distinción, entre personas y fieras, se manifiesta en los sentimientos humanitarios.

¿Protestar? ¿Para qué? Por desgracia tocamos todos la inutilidad de manifestar nuestro dolor y dignidad de hombres, y nuestra vergüenza como ciudadanos, al ver á Barcelona ultrajada continuamente por terrorismos y desmanes, impropios y contrarios á toda clase de cultura, y á la honradez exigida por el hombre más indulgente.

Sin embargo, un deber de patriotismo ha de obligarnos á fijar nuestra atención en todo lo que sea exigir responsabilidades. Para ello hemos de admitir los hechos tal como la realidad los ofrece; al fin y al cabo la realidad de las cosas es el fundamento de su verdad y la explicación de sus consecuencias.

La realidad nos demuestra que en los atentados terroristas intervienen personas, verdaderos autores, ejecutores materiales de los delitos; respecto de los cuales fuerza es guardar silencio, por cuanto no han sido bastantes, para determinarlos, los esfuerzos de las autoridades ni los buenos é infructíferos deseos de todos los ciudadanos.

Por otra parte resulta excesivamente aventurado pretender investigar los orígenes de los atentados terroristas en esferas sociales determinadas. En este respecto nos encontraríamos en un terreno tan delicado y de tanta gravedad, que fácilmente podríamos degenerar en falsos testimonios, juicios temerarios, tanto más aventurados y peligrosos, cuando se parte tan sólo de indicios y suposiciones sacados de la opinión pública, harto descaminada generalmente; lo cual se explica por la impunidad de que goza, sobre todo desde que aparece, por parte de algunos políticos, el empeño de endiosarla y

consagrarla como supremo tribunal de fallo inapelable en todas las cuestiones referentes á la vida pública.

En esta situación queda sólo el remedio de encauzar la opinión, tarea difícilísima, dadas las prevenciones que todo lo dominan.

Pero nos encontramos ante un hecho que reviste un carácter de generalidad, y otro que se presenta como más particular que el anterior.

Primero. Hace algunos años que nos cansamos de oír la palabra *libertad* en la boca de todos los hombres, como lema que debe presidir las actividades de todo orden para conseguir el progreso, la felicidad, la prosperidad; en una palabra, el colmo de la perfección integral. Se han desconocido completamente las normas de esta libertad, se ha pretendido anular los principios religiosos, únicos que pueden hacerla fructificar debidamente, y ha sucedido con esta palabra lo que sucede con todo lo puramente terrestre, que se ha gästado de puro pronunciarla, y de lo que un siglo antes se pudo concebir como bueno, ha quedado solamente lo pasajero, lo terreno, el peor de sus defectos. Y descarriadas así las opiniones, se ha llegado á las consecuencias inevitables que eran de esperar: faltas de armonía las relaciones entre las clases sociales, y rehuendo términos medios la psicología social, á la paz antes existente, ha sucedido un enervamiento espantoso, un estado de guerra entre los hombres, que por fuerza desconfían de todo, si desconocen los principios religiosos, ya que la moral libre, ó es de acción nula ó se convierte en una norma de fuerza que exaspera las voluntades, por lo mismo que las degrada y descarrila.

Y aquí ya se empieza á ver claramente una culpabilidad determinada, que tenemos el deber de exigir; puesto que si los cataclismos sociales obedecen al desconocimiento de los principios religiosos, culpables son los que tienen interés (más ó menos particular) en hacerlos desconocer; culpables son los que alejan á los pueblos de las normas de la verdad; culpables son los que desde las escuelas laicas proclaman las utopías del endiosamiento del hombre y del derecho á una igualdad adulterada, porque no trata desigualmente á personas desiguales. En el fondo sólo se ve una locura lastimosa ó el afán desmesurado de lucro; porque, como dijo una gloria de nuestro episcopado, tal vez porque somos miserables huimos de la miseria.

De lo dicho se desprende de un modo evidente el remedio que se impone: tarea larga, pacientísima, expuesta á crueles desengaños; pero de resultados seguros y positivos.

Segundo. Pasando por alto la que se pudiera llamar filosofía barata ó política de café, de aquellos que delante de un mapa siguen y organizan unas operaciones militares y se admiran de que á un general inteligente no le sobren siete días para conquistar el mundo, de aquellos que, desgraciadamente, tanto abundan y que en media hora inventan un sin fin de sistemas filosófico-sociales; pasando por alto esta gente que Dios debiera condenar á limbo eterno, si no fuera cierto que á veces un tonto es más nocivo que un malo, fijémonos en la conducta de otra clase de gentes, flamantes enciclopedistas de las épocas actuales, que no vacilan en quebrantar realidades mientras se salven los principios, y cuyo *teorismo* les conduce á desconocer y rehuir todo sacrificio de sus doctrinas en favor de una realidad próspera; sacrificio en todo caso revestido con la adecuada apariencia de un deber, ya que nada significan sus opiniones al lado de los intereses particulares de sus conciudadanos y del alto interés social de todo el pueblo.

Y aquí la responsabilidad aparece tremenda, tanto más si los que la contraen son personas de un mérito intelectual reconocido, de cualidades y conocimientos de cultura envidiables, y, por lo tanto, más capacitadas que las demás para conocer la gravedad de sus acciones y la trascendencia de sus palabras.

En este aspecto entramos en un terreno más claro, ya que es más particular y más concreto; porque aparecen hechos realizados y palabras pronunciadas á la vista y al alcance de toda la opinión, de aquella opinión endiosada por ellos y de que tienen el atrevimiento de abusar, desconociendo la volubilidad de que la han dotado, y que el día de mañana puede condenar sus obras á la censura más severa, ó al desprecio más enojoso, que es la peor de las penas para un hombre que en algo se estime.

Aquí sí que pueden exigirse responsabilidades á los fomentadores de las pasiones populares, á los que utilizan para sus fines la ignorancia y las malas inclinaciones del pueblo; á los que por amor á una equivocación, ó mejor, á un escarnio elevado á la altura de un principio, niegan su apoyo y dudan de la honradez de los únicos que se han querido preocupar del terrorismo; que ven immoralidades donde sólo existe el acierto de poner el dedo en la llaga, como si esto les perjudicara hondamente. Que quieren mostrar immoralidades ajenas y no ven la propia, la gran immoralidad que representa una obstrucción no inspirada en un interés social, sino en el propio despecho; la gran immoralidad que representa al consentir la continua-

ción de un estado de alarma moral y material, el empeño de quebrantar un pueblo, la vitalidad de una raza, que pudiera ser gloriosa. arrojándole al rostro esta ironía cruenta: la palabra libertad; ofreciendo en holocausto los cuerpos de las víctimas á un ridículo y criminal empacho de doctrina.

JORGE OLIVAR Y DAYDÍ,

Vicepresidente de la Academia.

CORPUS CHRISTI

SONETO

Blanca cual el armiño la Hostia pura
se ostenta en el viril á los mortales,
ocultando los rayos celestiales
que la inundan de luz y de hermosura.
Tanto amó Dios la humana criatura
que quiso, envuelto en míseros pañales,
ocultarse en los brazos maternos
de una mujer de angelical ternura.
En la cruz quiso que le viera el mundo,
pero quiso, con ser la vida Él mismo,
que enclavado le viera moribundo.
Quiso también en la Hostia Sacrosanta
mostrarse de humildad profundo abismo,
que aun del cielo á los ángeles encanta.

VICENTE MIELGO, Sch. P.

COMIAT DEL MES DE MAIG

¡Quina recansa aquet matí
en el temple mon pobre cor senti!
entre cántics y olors
la Verge de les flors
ocultantse suaument darrera un vel
entre arpegis celístics s'esblaimava...
la Verge se'n pujava
al cel.
No tornarà fins arribat el día
qu'hagin florit els camps
fins que torni a cantá'l mes de María
el cor de nens infants.
Quan la primera flor sigui badada
devallarà del cel hont s'és pujada
la Verge riallera.

¡Ay! que torni aviat la primavera.

CARLES BADÍA MALAGRIDA
Acadèmic de Número

PARADOJAS

A la Iglesia de Cristo, que es escuela de virtud, se la llama infame; á la religión católica, que es el templo de la ciencia, se la tilda de oscurantista; á la doctrina del Crucificado, que es la doctrina de la libertad, de la igualdad y fraternidad, se la llama tiránica y opresora, y todo ello en nombre de la civilización, del progreso y de la cultura; progreso, cultura y civilización mentiras, y así vemos que con el nombre de civilización convierten al mundo, los apóstoles de tales doctrinas, en un maremagnum de confusiones sin cuento; se habla al hombre todos los días de nuevos derechos; para ganarse las multitudes se las llama *pueblo soberano*; al obrero se le dice que se le oprime, que con el sudor de su frente se enriquece su amo, y continuamente se le quiere redimir, y, con todo, viviendo en plena civilización, se encuentra el hombre más esclavo hoy que antes de concederle tantos derechos, y esclavo precisamente de aquellos que le predicán tales derechos; el *pueblo soberano* levanta á las más elevadas cumbres á los míseros mortales, los cuales á su vez se convierten en sus tiranos, y el obrero, que necesita de la protección y amparo del rico, se trueca en fiera en cuanto se le habla del capitalista; busca su redención, mas la busca allí de donde no le puede venir. ¿Y eso es civilización? Será quizá la civilización de hombres bárbaros, mas no la civilización verdadera, la civilización cristiana, que levantó á los pueblos, á la sociedad, á la familia y al individuo del estado de decaimiento en que yacían cuando apareció en el firmamento la nueva aurora del cristianismo.

En nombre del progreso y de la ciencia se llama á la Iglesia obscurantista, retrógrada. ¿Y qué entienden por progreso estos tales? Progreso, para ellos, es llevar el terror á las ciudades, entrar en los claustros, templos de soledad santa, de celestiales perfumes que, cual nubes de incienso, suben á Dios para calmar su irritada justicia; en nombre del progreso penetran en estos lugares santos y matan, roban é incendian, matando á vírgenes indefensas y á religiosos sin fuerzas; profanando las sepulturas, robando á mansalva las joyas de los templos é incendiando los palacios de la ciencia, de la virtud y del verdadero progreso.

¿Y qué diremos de la cultura, de esta cultura que pregonan por todas partes, en mitins, reuniones y periódicos algunos *intelectuales* modernos y de una manera especial en nuestra querida ciudad, aquella noble ciudad de los Concelleres, la de los esclarecidos Santos, de invictos guerreros y de ingenios preclaros, hoy digna de mejor suerte? Y yo la contemplo por calles y plazas la cultura de estos *intelectuales*, y, sin ir muy lejos, la vemos en el indecente arco-templete

que, para vergüenza del arte, escarnio de la moral y para colmo de la incultura, se levanta, ó mejor, según gráfica expresión de un periódico local, se arrastra por uno de los lugares más concurridos de Barcelona, y por lo mismo más peligros ofrece para los corazones puros y sencillos, y la vemos también esta cultura en los teatros, bajo pretexto de moralizar las costumbres, y aun en los mismos cinematógrafos, en los cuales debería colocarse junto á la puerta, para que todo el mundo pudiera leerla, la siguiente inscripción: «No pueden entrar aquí las personas decentes», mas, ¿qué le importa á nuestro flamante y Excelentísimo Ayuntamiento que las señoras honradas de Barcelona, que los católicos todos protesten de tantos atropellos á la moral y á la cultura, si ellos se dicen los verdaderos, los genuinos representantes de la cultura, de la civilización y del progreso modernos, y, por lo tanto, aquéllos sus legítimos hijos?

Paradojas son éstas que parecen verdades. Mas no importa que se calumnie á la Iglesia, si ésta puede presentarse, desde su existencia, ceñida con la corona de la virtud, llevando en su mano la palma de la ciencia, dejando sentir sus benéficos resplandores en todas las clases sociales, conservándose siempre pura é intacta, dejando muy atrás en su carrera, ora á las cadavéricas sectas del judaísmo, ora á sus hijos ingratos y á los del paganismo, viendo nacer y morir imperios, destruir pueblos y naciones, y sentada sobre su trono de gloria aventando las cenizas de las naciones, de los pueblos y de los imperios.

PEDRO FREIXAS

Secretario de la Sección de Propaganda

TRILOGÍA BENAVENTÉ

I

BENAVENTE ESCRITOR

El nombre de Jacinto Benavente es uno de esos nombres que exhalan la sugestión de lo admirado y de lo desconocido, aunque sólo sea en parte. Benavente como escritor es, sin duda alguna, uno de los mejores de nuestros días. Su prosa fluida y galana atrae, y el tono que obliga á adquirir á sus intérpretes es la mejor prueba de su dominio absoluto de la escena. Pues, sabido es que una misma frase cambia completamente de significado si el acento, entonación ó modelación de la voz que la pronuncia, varía ó cambia.

La poesía de *La Fuerza bruta* es notable. Las palabras que surgen de la boca de la hermana de la Caridad yo no tendrfa inconveniente alguno en parangonarlas con las rimas de Gertrudis Gómez de Avellaneda, la poetisa de Puerto Príncipe, en cuyas venas se

anostomosan la brisa de la inmensa esmeralda que la separa del viejo mundo y el poema coloso del sol americano. *Por las nubes*, *Comida de Fieras* y sobre todo *Los intereses creados*, son escuela de prosa y sugestión literaria. En su «Teatro de los niños» ha presentado obritas que no son más que poemitas dignos de todo elogio, poemitas en prosa, cuyas palabras y metáforas ansiamos copiar, asimilárnoslas por su pulcritud, por su casticidad, por su poesía.

Lo Cursi, *De Cerca*, *Nuevo Coloquio de Perros*, *Amor de Amor*, *Cartas de Mujeres*, *La sonrisa de Gioconda*, *La Historia de Oteló*, *Los Malhechores del bien* y muchísimas otras que ha producido su fértil pluma hasta *La Escuela de las Princesas*, son su producción literaria. No cultivó más género que el teatro, dominándolo en absoluto, y aunque el nido de rosales de sus ilusiones quizás háyase estremecido al besarle el frío tirano del desengaño, jamás podrán borrarse de su frente las arrugas plétoras de inteligencia y el brillo elocuente de sus ojos.

II

BENAVENTE PSICÓLOGO

Darville, en su *Psicología del Amor*, viene á coincidir en varios, en muchos puntos con la psicología que podríamos llamar Benaventiana.

El hombre de inteligencia, que hace vibrar las cuerdas más sensibles del corazón en *La Fuerza bruta*, es el mismo que, acorde con Mamidron, nos presenta el alma ensimismada en tinieblas, voluntariamente indeshechas, del hijo de *Por las nubes*. Es una psicología, la suya, eminentemente personal; las ráfagas de escepticismo que discurren por sus cuartillas no dejan de corroborar lo que decía anteriormente y que quizás se desprende de aquella frase tan gráfica como cierta: «*El estilo es el hombre*».

En la conferencia que sobre D. Jacinto Benavente pronuncié en el Salón de Actos de la ACADEMIA CALASANCIA, defendí el carácter de las obras de Benavente, reputándole el *mejor y más conveniente* autor de nuestros días. Ello es indudable. En la historia del Teatro Contemporáneo, Benavente ocupa lugar distinguido y las páginas en que se analice su obra han de estar circundadas por el vaho de admiración y envidias, del talento y del trabajo que siempre rodearon al hombre notable.

Respecto á ser el *más conveniente*, nada más cierto. Apartándose de la corriente de modernismo, que lejos de cicatrizar la llaga la avivan, según frase erudita, Benavente presenta el problema é inmediatamente su remedio, más ó menos eficaz, pero que no por ello deja de ser remedio, y en ese remedio hallamos un carácter, un individuo

destinado á resolver el asunto que todos conocemos en la realidad de la vida, que todos hemos visto y que al verlo en escena hemos de imponernos para que su nombre no surja de nuestra garganta fatal, instintivamente.

Su frase: «*No todo lo que es nuestro debe ser nuestro*» lo exige por sí sola, en el concepto que de hombre de la idea y de su cristalización burócrata, la palabra, le traté en mi ya citado discurso.

La mujer, en el Teatro de Benavente, es la mujer VERDAD; la que veneramos como madre, la que adoramos como mujer del alma, en oposición á la inmensa mayoría de sus compañeros en la producción para el templo de Talía, que presentan á la mujer adulterada, (permítanme los lectores tal vulgaridad), envilecida, degradada.

En la lucha psicóloga es maestro, y del enlace torpe ó brutal de un bien mal entendido ó de un mal incomprendido con la pasión ó la idea fanática, triunfa siempre la lógica más austera, y del bien y mal triunfa el bien; de dos bienes, el mejor, cumpliendo estrictamente la base ética de sus principios, que cooperan á la exposición sincera de una certeza ó de una duda metódica.

El hombre del Teatro de Benavente, no es, ciertamente, el actor que recite más ó menos discretamente su papel oportunamente estudiado. Es el todo genérico que formamos los varones vivientes y cada uno particularmente. Mil veces, al oír hablar á uno de sus personajes he creído que me había copiado; porque pensaba como yo, decía como yo, y hasta su voz forjábamela semejante á la mía, y luego he sentido con él, he solucionado como él, y cuando en el seno de la sociedad me he hallado en caso parecido al suyo, he fallado en un todo conforme con él, no imitándole, sino dando origen á su producción.

Muchísimo más quisiera yo escribir sobre *Benavente psicólogo*, pero el espacio de cuartillas que me han pedido me lo impede. Terminó, pues, muy á pesar mío; pues ni el asunto, ni mis lectores son dignos de lo ligero de mi trabajo.

III

BENAVENTE MORALIZADOR

El hombre que escribe no puede ocultar por mucho tiempo su moral. Spielhagen, el nesor de los escritores alemanes, la yankee Catalina Beecher, la poetisa flossungana Isabel Wolf, y Estefanía Duciest, la célebre escritora de Saint-Aubin, por no citar más, han ocultado en un principio su moral, que luego, quizás donde menos sus autores pudieron pensarlo, se desglosa y se destaca vivamente, y la moral pernicioso, la moral lógica, la moral convencional (ésta abunda en demasía) se ofrecen al lector, que á partir de aquel punto

adorna, tal vez, en los primeros capítulos el fin y remate de la obra aunque desconozca, naturalmente, los conceptos é ideas de que está tejido.

¿Quién podrá negarme que al leer los primeros capítulos en que se expone el asunto de *Cassandra* (1) se ve el final insustituible dentro de la moral convencionalísima de Pérez Galdós? ¿Es posible dudar de una moral de *Boy*, si se conoce la firma de Luís Coloma?

Es sencillamente irrefragable.

Benavente tiene su moral. Una moral que si está llena de convencionalismos, Felipe Trigo tiene muchos de ellos, no podrá decirse que es perjudicial ni anti-lógica.

La influencia de la moral en el público, que tan acaloradamente defendía Magdalena D'Assant de Puissex, es palpable en el Teatro de Benavente. Las corrientes de civilización y cultura, de sentimientos delicados y de la alegría del vivir que se notan en él, bien pronto se posesionan de la sala de la que sólo dan cuenta por unos momentos, el aroma de la azurea y las manchas de los fracs. El oyente sale del teatro benaventiano convencidísimo é instruído, y cual infante que adora al individuo que desempeña regio papel en una zarzuela grande, quiere apropiarse los modales del personaje, identificarse con él, aprender sus frases, copiar sus posiciones. Tal es la influencia, la sugestión de sus obras.

Sociólogo eminente nos presenta el problema latente en nuestros días de la diferencia de clases en *De cerca*, y en verdad que es una lección que todos habríamos de conocer y reflexionar—Los pavorosos conflictos contemporáneos, que removiendo los cimientos de la sociedad, pretenden arrojarle de una vez al fondo del precipicio por el que paulatinamente se desliza, ciertamente se desharían al nacer, si las clases elevadas conociesen *de cerca* á las inferiores y viceversa. La Moral de Benavente, en este caso, es á todas vistas conducente al conocimiento de la posibilidad de la regeneración de una sociedad.

Benavente, opuesto por completo á las opiniones de Mlle. Ana Bonet, Jules Rosi (el autor de *L'Eve future*) y Mr. Becquerd, basa la felicidad de la mujer en el principio de la virtud y el bien y jamás cae en esos abismos de que Lombroso y Garofalo estaban en sus ciencias de la sugestión del mal y Galileo en su «*Autosugestión*» (2).

PABLO VILA SAN-JUAN
Académico Supernumerario

(1) Novela.

(2) En el núm. 437 de esta revista, el distinguido académico de número D. Eugenio Nadal Camps, me dirigia una pregunta en su artículo-refutación del mío: *La Pena de Muerte*. Al agradecerle me distingua con su oposición, ruégole me dispense el no haberle contestado todavía, pues mis múltiples ocupaciones me lo han impedido, así como el presente trabajo que sobre Benavente me encargó insistentemente LA DIRECCIÓN. A la mayor brevedad procuraré contestarle, no dudando me honrará admitiendo la dedicatoria de mi artículo. P. V.

PEDRO Y EL COMETA

Era Pedro de carácter pusilánime y frío, de mirada incierta y de voluntad fácil de torcer. Aficionado á las novelas terroríficas y amante también de los periódicos, Pedro leía unas y otros con avidez y toda su atención se localizaba en aquellas lecturas.

Vino la época del dichoso cometa, con quien todo el mundo ha tenido que meterse, y Pedro tuvo ocasión de saborear á su gusto las impresiones y versiones periodísticas. Al principio nada de particular se decía. Que el cometa pasaría cerca de la Tierra y que, por lo tanto, tendríamos ocasión de ver qué cara hacía. Que pasaría de largo, pues llevaba prisa á juzgar por la velocidad, y, en fin, algunos detalles más.

Pedro se interesaba por tan extrañas relaciones, y, en su inteligencia de adolescente, forjábase trabajosamente fantásticas ideas sobre lo que era un cometa y su cola.

La época de la aparición había llegado ya. Los astrónomos de qué sé yo dónde vislumbraron, á fuerza de potentes telescopios, al viajero que debía pasar de largo por la Tierra, cual turista que no se apea del tren porque la población está exenta de curiosidades.

Pedro animase. Sus ojillos apagados centellean rápidamente al recorrer las líneas del periódico. Y en su cabeza bulle con más fuerza el fuego de lo ignoto, de lo infinito...

¡Quién pudiera vivir en un cometa!

*
* * *

Segunda parte. Parte funesta.

Algunos astrónomos han asegurado que no tan sólo pasaría cerca el cometa, sino que chocaría con la Tierra. ¡Horror! ¿Y qué sucederá? Consecuencia: todos debemos morir.

Mas luego, no es el cometa mismo quien debe chocar, es la cola que *rozará* con la Tierra. Pedro respira.

Pero, hay *pero*, la cola está formada por materias gaseosas que al tocar la atmósfera que rodea la Tierra producirá una reacción, de la cual resultará un gas que nos asfixiará.

No hay remedio; la muerte se nos viene encima. ¿Qué día? A las tres de la madrugada del 19 de mayo. Día funesto que debe escribirse con letras negras.

El cataclismo, piensa Pedro, será inminente, y la Tierra quedará convertida en un colosal cementerio donde un lúgubre silencio reinará.

Las nubes tal vez se volverán negras como el mismo carbón y

todos quedaremos carbonizados. O también podría ser que, por causa de la elevadísima temperatura, se fundiesen nuestros cuerpos y quedásemos en estado líquido ó gaseoso.

Pedro, desde que leyó todo aquello, no tuvo un momento de reposo. Intentaba trabajar y no podía. El cometa presentábasele en variadas formas. Dormía, y horribles pesadillas le asaltaban.

Su vivir fué tremendo, y cada día levantábase temprano para comprar los diarios á la salida de la redacción.

Estos seguían asegurando que el mundo estaba próximo á finir y repitiendo que preparásemos nuestras cosas para salir en dirección á distintas partes del otro.

* * *

18 de mayo

Pedro hace cuatro días que no va al taller. ¿Para qué? Si el patrone morirá también.

En la taberna y en el teatro busca alivio á su honda preocupación. El morir por asfixia le aterra.

Al mediodía hace confidencias con un amigo guasón, que se ríe de sus macábricas quimeras, y le dice en medio de una carcajada: Má-tate, pues.

El rayo clavóse en el corazón de Pedro. Aquella idea no le abandonó.

Eran las doce de la noche. Rato hacía que Pedro vagaba con paso trémulo sin saber por qué calles; la hora fatal se aproximaba ya. Pero ¡ah! no le cogería desprevenido. El estaba alerta. Constantemente su mirada escudriñadora clavábase en el cielo, cubierto de rojizos nubarrones.

La angustia le ahogaba; el miedo apoderado de su ser hízole temblar. Siguió andando.

De repente el cielo abrióse y una lluvia torrencial cayó en forma de tromba sobre el cuerpo del infeliz Pedro, que la sintió abrasadora al darle en la cara.

—Sí, exclamó, ha llegado la hora: debemos morir; pero yo no padeceré...

Dos detonaciones resonaron en la solitaria callejuela.

Un sereno y algún transeunte llevaron el cuerpo exánime á la farmacia próxima en donde un médico certificó la defunción...

* * *

El día 19 de mayo, todo el mundo, al despertar, palpábase admirado, y recorría de una sola mirada su habitación para exclamar, al cerciorarse de que no se encontraba en el purgatorio: «Aquí no ha pasado nada».

Pero nuestro Pedro, víctima de la prensa, despertó en el infierno, pinchado y atropellado por mil demonios que le gritaron:

—Por temor á padecer en la tierra padecerás aquí abajo. Y además has de saber, grandísimo suicida, que allá arriba están tan frescos como antes.

Pedro se estiró los pelos.

JAIME NADAL CAMPS

Académico de Número

DEL NATURAL

—Muchas gracias, caballero.....

—.....

—Ya creía yo que alguien nos cedería su asiento.

—Pues yo no. Yo ya me resignaba á ir de pie. ¡Va tan lleno!.....

—Mucho, mucho.

—Y aún sube más gente.

—No sé dónde se van á meter. No sé para qué sirven las leyes. Cuando un tranvía va lleno, no deberían dejar subir á nadie más.....

—Dime. ¿Por qué ha de subir esta señora? ¿Qué no ve que ya va lleno? Hay gente que.....

—Mamá. Mire con cuidado. Aquella señora que va de luto, con dos hijas, que ocupan aquel extremo. ¿Verdad que son las de Pescadilla?

—Sí... si lo son. Pero disimula, que ahora viene el conductor y...

—Pero, ¿quién se les habrá muerto?.....

—Dos de diez.

—¿Cómo?

—No. Al conductor. En la calle Mayor, 17, hará V. el favor.....

—Señora. No para más que en las esquinas.

—Pues, pare V. en la esquina más cercana. Será lo mismo.

—¿Te has fijado que van rumboas?

—Habrán heredado de aquel tío de América.

—Siempre hay gente que parece haber nacido para heredar.

—Nosotros no heredamos nunca. No se nos muere ningún pariente rico.

—No, chica, no. No tenemos tanta *suerte*.

—La verdad es que les habrá venido de primera, porque hasta ahora se lo pasaban muy justito. ¡Qué tono se darán! ¡Ah! Y ahora que me acuerdo. El otro día papá dijo haber visto al Sr. Pescadilla de chistera y en coche.

—Claro; ya luciría la herencia..... Como si dijéramos el *gordo*.

—Parece que nos han conocido y nos saludan..... ¡Buenas!..... hágales una sonrisita, mamá.

—.....¡Qué entonadas se han vuelto!

—Claro; nos tomarán á menos. Con el salto que han dado.

—Una herencia como esta no viene á cada momento. Ochenta mil duros no vienen así como así.

—¡Oh! Y además las haciendas que poseía en Puerto Rico les habrán tocado también.

—Podían decir que estaban reñidos y que hacía años que no les escribía. Por fin se ha acordado de ellos y les ha *escrito*.

—Ya las estoy viendo paseándose en coche y abonarse á los «Lunes de Beneficencia».

—Seguro que comprarán automóvil.

—Y darán reuniones.

—Será cuestión de tratarlas mucho, hija. Con gente así, conviene estar siempre muy amigos. Será preciso que tu padre vaya á hacerles una visita.

—Señora, ya están en la esquina. Tienen que bajar por la plataforma de delante.

—Ahora tendremos que decirles algo.....

—Que Vds. lo pasen bien.....

—Adiós, Enriqueta.....

—Ya hemos sabido la desgracia que les aflige. Ya vendremos á darles el pésame.

—Si, vengan, vengan. Nos harán mucho favor. Hace mucho tiempo que no nos hemos visto.

—¡Cuánto lo hemos sentido! Ahora mismo lo estaba diciendo á Lucita. Y qué desgraciados son los de Pescadilla. Siempre.....

—Señoras: pueden bajar á despedirse á la calle, si Vds. gustan. Que nosotros tenemos tarde.

—¡Jesús! ¡Qué sofocón!

—¡Qué grosero es este hombre!

—¡Adiós!

—¡Recuerdos!

.....
—¿Sabes que por haber heredado tanto dinero, no van tan rumbo-
sas como nos habíamos figurado de lejos?

—Lo mismo me ha parecido á mí. Será que no querrán que se
note el cambio de posición de un modo tan radical.

*
*
*

—Buenas noches, papá.

—Ola, Eulogio.

—¿Ya venís de tienda?

—Sí. Pero no hemos encontrado nada que nos gustase. Está todo
tan caro.....

—Y qué mal día el de hoy!

—Muy malo, muy malo. Hace.....

—No, no. ¡Qué mal día he tenido hoy!..... La instancia para mi ascenso está si va ó no va al agua..... Como lo oyes. Así me lo ha dicho el Director. Y para terminar mejor la tarde, así que llego me encuentro que me esperaba.....

—¿D. Gustavo?

—Peor, mujer.....

—Pues, como no sea el dueño del Colmado, que es el peor que tenemos.

—Pues, no. No me esperaba ninguno de éstos. Me esperaba Pescadilla.

—¿Sí? ¡Qué casualidad! Nosotras hemos encontrado á su familia en un tranvía, al venir.

—Lástima que no le haya pillado á él.

—No digas barbaridades, hombre. No digas. Y menos ahora, que el primer día lo puedes necesitar, después de la suerte que ha tenido. ¡Heredar ochenta mil duros! ¡¡Ochenta mil duros de mi alma!! ¡Quién os viera de cerca!

—Pero, ¿qué estás inventando?

—Nada; pues, friolera. Que han heredado..... Vaya; ya lo debes saber. Ya te lo debe haber contado él.

—¿Quién? ¿Pescadilla?..... Pescadilla no me ha contado nada de esto. Nada. Nada de herencias. Muy al contrario....

—Quita, hombre. Si no puede ser. Si acaba de heredar de su cuñado. Del hermano de su mujer que estaba en América. Más de ochenta mil duros y haciendas.

—Pero, ¿quién te ha engañado? Si quien se les ha muerto es un hermano de él. Otro Pescadilla. Un jugador cargado de deudas y de hijos como todos.

—Pero ¿no ha sido el de América?

—No, mujer, no. Esto ha sido otra desgracia. Esta mañana han recibido una carta del tío rico, después de cuatro ó cinco años de silencio, en la que les comunica que se ha casado con una indígena....

—¡.....!

—Figúrate tú la alegría que les habrá ocasionado la noticia. Una cosa así. Y tan de sopetón: «Tengo la alegría de comunicaros que me he casado.....» ¡Pam! Un tiro á boca de jarro. Figúrate. ¡Figúrate! ¡Oh! esto es horroroso.

—¡Y con una indígena!

—Ellas que tanto suspiraban por su tío y por sus haciendas.

—Pues, vaya un tío. ¡Vaya que sí!

—El pobre de Julián se encuentra apuradísimo. Sin recursos y sin la esperanza de los de ultramar. Tiene que quedarse con sus

sobrinitos, con cinco boquitas más, y como por vía de consuelo, los *ingleses* del difunto van á darle el *pésame* á cada hora.

—Pero, ¿cómo se comprende que se lo pasen tan justo, cuando el otro día le viste ir en coche?.....

—Volvería del entierro. ¿Cómo quieres que se gaste el dinero en lujos, cuando para ponerse de luto han tenido que pedir ropa á algún pariente ó amigo? Suerte han tenido su mujer y sus hijas de la Marquesa del Prestado.....

—Pues, vaya, que nos sorprendes con tu noticia. Nosotras que nos creíamos todo lo contrario. Si yo ya había dicho á Lucita: «Será cuestión de que papá vaya á hacerles alguna visita..... interesada».

—Lo mismo se me ha ocurrido á mí, pero no he llegado á tiempo con mi sablazo, pues en cuanto me ha visto, echándose en mis brazos, me ha dicho: «Amigo Eulogio; convendría que me prestases diez duros».

¡.....!

M. COMAS Y ESQUERRA
Académico de Número

BIBLIOGRAFÍA

EL CATÓLICO ARMADO CONTRA LOS ATAQUES DE LOS PROTESTANTES, por *Pío de Mandato*, traducción por el *Dr. D. Rafael Pijoán*. — Herder, editor pontificio; Friburgo de Brigovia, Alemania.

Desgraciadamente en nuestros días, hay una gran ignorancia de la verdad de nuestra sacrosanta religión y de los motivos solidísimos de credibilidad, que la manifiestan como la única verdaderamente divina. Por otra parte, se ha apoderado de todo el mundo una especie de manía ó delirio por disputar y juzgar de todo, y á esto contribuye no poco ese diluvio de libros, opúsculos, periódicos y revistas que, por desgracia, esparcen el error y el sofisma. La herejía se aprovecha de este estado de cosas, para insinuarse en todas partes y apagar en los corazones de la juventud incauta la chispa de la fe; lo cual, justo es confesar, en España y en las naciones que de ella recibieron el Evangelio, se mantiene aún viva, aunque se ve hoy día también convertida de continuo por los vendabales del materialismo, del indiferentismo y de la secta anticatólica.

Para apartar al católico de estos precipicios y para que pueda defenderse de los herejes está escrito este libro, el que recomendamos con todo interés.

En rústica, 4 fr.; en tela, 4'75.

EL HOMBRE TAL CUAL ES, por el *P. R. J. Meyer*, S. J., traducción del inglés, por otro sacerdote de la misma corporación, por el mismo editor. 1909.

La materia de que trata el presente libro, en forma de lecciones, pueden servir perfectamente para dar ejercicios espirituales, conferencias y pláticas á religiosos, sacerdotes, seminaristas y demás personas amantes de la virtud. Dos ventajas reúne esta obra: la primera el abrir camino á los que quieran estudiar más á fondo la ciencia de los santos, pudiendo acudir á la fuente primitiva con menos temor de errar; la segunda es poner de manifiesto, desde el principio, hasta qué punto reflejan estas lecciones la mente de nuestra santa Madre la

Iglesia. Con lo dicho hay suficiente para conocer la importancia de este libro, cuyo valor es en rústica: 2'40 fr., y en tela 3 francos.

MODO DE LLEVAR LOS NIÑOS A NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO POR MEDIO DE LA COMUNIÓN FRECUENTE Y DIARIA, por el P. Juan Arimón, Sch. P. Tipografía Católica, Pino, 5, Barcelona. 1910.

Libro manual de grande interés para los educadores y maestros y directores de Colegios, por la substancia de todos los puntos que trata el autor. Basada la doctrina de este pequeño, pero valiosísimo libro, en el decreto del pontífice reinante Pío X, *Sancta Tridentina Synodus*, se desarrolla y explica magistralmente, como sabe hacerlo el P. Arimón, el modo de atraer los niños y la juventud hacia Jesús en el Sacramento de la Eucaristía.

Es muy apropiado para regalo, particularmente á los niños y niñas que celebran su primera Comunión. Lo recomendamos eficazmente, no dudando que sus lectores saborearán con sumo gusto las buenas lecciones que da en los diez capítulos ó artículos de que consta el libro.

Agradecemos al P. Arimón el hermoso regalo que se ha dignado hacer á la redacción de LA ACADEMIA CALASANCIA, deseando añada nuevas producciones á la larga lista con que cuenta su biblioteca eucarístico-religiosa.

Boy, por el P. Luis Coloma, S. J., de la Real Academia Española. — Un elegantísimo tomo en 8.º de 381 páginas, 3'50 pesetas en rústica y 4'50 en tela inglesa. Hállase de venta en la Administración de *Razón y Fe*, plaza de Santo Domingo, 14, Madrid, y en las principales librerías.

Preciosa novela, y una de las más interesantes y mejor escritas del autor; publicada hoy íntegra por primera vez, viene á satisfacer los deseos de las muchas personas inteligentes que leyeron ya los primeros capítulos, y vieron con pena su repentina interrupción. Presenta animadísimos cuadros de costumbres de ciertas clases sociales, tipos de honradez acrisolada y también de criminal astucia y modelos de fina amistad y compañerismo; conmueve profundamente en su triste desenlace, que, por otra parte, se ve coronado con un nimbo de luz de la divina misericordia, dejando el ánimo del lector suavemente resignado y satisfecho.

LA MUTUALIDAD ESCOLAR. — Su naturaleza, organización y funcionamiento. — Sus medios prácticos, por Gabriel Lizardi, S. J. — «Acción Social Popular», Duque de la Victoria, 12 y 14, Barcelona, 1910. — Un folleto de 64 páginas de clara y nutrida lectura, 50 céntos. Para los socios de la A. S. P., 35 céntimos el ejemplar.

El solo anuncio de este opúsculo es una verdadera revelación. Los niños constituyen el *porvenir de la sociedad*, la semilla del árbol futuro, la base y fundamento del edificio social. Si abandonamos el alma infantil á las tinieblas del error, á las perversas inspiraciones del mal, el padre de la mentira reinará en ella, y el odio, el desorden, el espíritu de negación y ruina serán sus frutos naturales.

Católicos españoles, leed LA MUTUALIDAD ESCOLAR y poned en práctica sus indicaciones. Implantemos en todas partes la mutualidad escolar. Formemos los aguerridos batallones de lo porvenir. Salvemos á la sociedad del abismo que la acecha. Libertémosla de sus mortales enemigos. Llenémosla de alegría y de prosperidad. *Leamos y practiquemos LA MUTUALIDAD ESCOLAR.*

PLÁCIDO